

LA NOVELA FILM

N.º 57

30 cts.



UNA REPORTER MODELO



La Novela Film

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7. - BARCELONA



CHRISTIE, AR

LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96
Administración | BARCELONA

Año II

N.º 57

UNA REPORTER MODELO

(HEALT THE BREATH, 1924)

Comedia americana de gran
«emoción acrobática», inter-
pretada por la gentil artista

DOROTHY DEVORE

a la que secundan admira-
blemente el gracioso actor

WALTER HERS Y TULLY MARSHALL

EXCLUSIVA DE
PROCINE, S. A.
Consejo de ciento, 332
BARCELONA

MUERTE AL NOVIAZGO

ESTRENO DE LA PELÍCULA
ESTRENADA EN BARCELONA / BARBERÍA

10' 30"

Prohibida la
reproducción

UNA REPORTER MÓDULO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

*Al salir el sol,
ñiguñi, ñiguñi...*

Tan... tan... tan... tan... tan...

¡Las cinco... y sereno!

Los muelles del *sommier* de la cama de Federico Bienplantado, un sujeto muy simpático, se desencogen perezosamente, cansados de haber soportado durante toda la noche el cuerpo de cien kilos efectivos de su dueño.

El colchón también respira. En el centro del mismo queda la huella del "inquilino".

Nuestro hombre hace su *toilette*, medio dormido aún, y, a poco, sale de su casa hacia el arrabal de la ciudad.

¿Dónde trabaja Federico?

¿Tienen ustedes curiosidad por saberlo?

Pues... hace de peón albañil, carpintero, yerno, etc..., además de ser periodista.

Ustedes dirán: hombre de muchos oficios... hombre de pocos beneficios.

En principio, estamos de acuerdo.

Pero hemos de saber que Federico no trabaja por cuenta de otro, más que en lo que se refiere al periodismo.

El resto lo realiza en su propio interés.

Expliquémonos.

Federico está por casarse.

Tiene una novia estupenda. Se llama Mabel, y, a su vez, ésta tiene un hermano, Jaime, y una cuñada, esposa de éste, María. El matrimonio ha demostrado su fuerza trayendo al mundo un encanto de muñeco, Juanito. Las dos cuñadas, caso digno de apuntar, se avienen que da gusto.

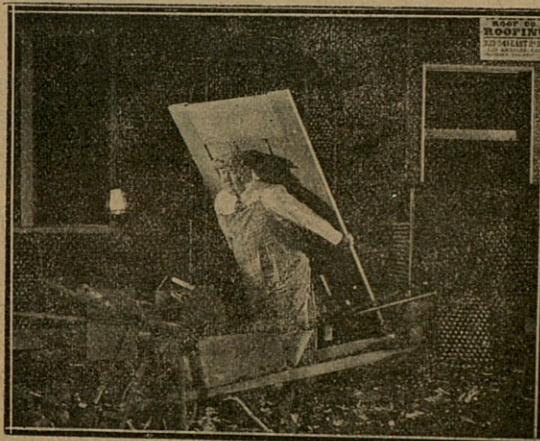
Bueno; pues como Federico se halla próximo a encadenarse a Mabel, ha pensado, de acuerdo con su futura, que lo indispensable es una casita donde cobijar el amor...

Federico ha puesto acto seguido manos a la obra con ansias vehementes de acabar la construcción del nido a la mayor brevedad.

Pero Mabel le ha impuesto una condición: él también debe ayudar, no solamente con sus

economías, sino con sus fuerzas físicas, a subir la casa.

De consiguiente, atento a satisfacer los más nimios deseos de su novia, Federico cumple como bueno yendo cada mañana, y todos los ratos que puede, a dar un vistazo y una mano a las obras.



...atento a satisfacer los más nimios deseos de su novia, Federico cumple como bueno...

Poco a poco, Federico iba adquiriendo práctica en los diversos oficios supplementarios al suyo... aunque, a menudo, cometía cada barbaridad...

Es lo que dicen sus obreros, que están a las órdenes de un negro, en quien Federico tiene depositada toda su confianza, pues es un sene galés con un alma muy blanca:

—¡Quién le manda al patrón meterse en camisa de once varas!

Claro que eso lo murmuran porque desconocen la razón que motiva el madrugar de Federico y sus buenos pero, muchas veces, vanos propósitos de hacer bien las cosas.

Mabel, que vive con su hermano Jaime, que trabaja en la redacción del mismo periódico que Federico, está enamorada de su novio, sí, y es con sumo gusto que cada día espera que él, a eso de las 8 1/4 de la mañana, vaya, con un "Ford" que Federico se compró para adelgazar emocionándose haciendo carreras, a buscárla, para conducirla al trabajo, así como a su hermano, para ir juntos a las mismas oficinas.

El matrimonio con que vive Mabel, se entiende a maravilla. No podía ser de otra manera, porque Jaime es más bueno que el pan, y María, que le adora, no peca más que de una exagerada afición a las novelas, y hay martes que no se desayuna y entrega a su niño al cuidado de Mabel, para poder leer *La Novela Film*.

Mabel presta sus excelentes servicios de manicura, peinadora, masagista, etc., etc., en el

Salón de Belleza más *chic* de la ciudad.

Su jefe, que responde por el apodo de "Miss Leona", porque se expresa como una mujer y araña como una fiera con la zarpa de su vocabulario de epítetos rimbombantes, no se la puede quitar de la cabeza.

—También está enamorado de ella?

—¡Quiá! Lo que pasa es que Mabel, por un invencible consorcio de calamidades, no llega nunca al trabajo a la hora en punto. Siempre se queda con uno o dos cuartos. ¡Y, claro, no le resulta a "Miss Leona" que una dependienta disponga así de los cuartos!

Por eso, un buen día, ese ejemplar de la selva vestido de hombre prepara a Mabel un recibimiento de pronóstico.

—¡Basta, *senoguita*!... ¡Osté me tomar el pelo! ¡Quiego que osté sea como todas las demás! ¡Quiego que venga a las ocho... o antes, pego no después! ¡Entendido? ¡Que sea la última vez; la última *iguemisiblemente*!

—¡No se ponga usted así, don Guindaleiro! No hay caso...

—¡Basta, *senoguita*! ¡Osté tener demasiada lengua! ¡Vaya al *trabaco*!

Una clienta, cuya cara parecía arrancada de uno de esos muñecos que se suelen ver en los ¡Pim... Pam... Pum...!, esperaba que se la introdujera en el gabinete de la ondulación del pelo eléctrica, y Mabel tuvo suerte de ello

para, atendiéndola, cesar la discusión con su jefe.

“Miss Leona” está que arde.

Menos mal que llega al establecimiento un “pollo”, con cresta de conquistador, dispuesto, a lo que parece, a gastarse la “pasta” en transformarse en fino y atrayente.

Lo primero que hace el tal pollo, es elegir la dependienta más a propósito para no aburrirse...

Cae en suerte la más castiza, y el nuevo cliente se las promete de guayaba pura.

Simultáneamente, Mabel aplica al pelo de la feísima parroquiana los tubos rizadores eléctricos, y la otra dependienta se dispone a embadurnarle la cara de grasas al pollo que quiere ser irresistible.

Todo está tranquilo. Cada cual se ocupa de lo suyo... y el trabajo adelanta.

De pronto, ¡paf!, suena una bofetada. Bastante se ha oído desde aquí. Ha sido una exhibición de golpe con mano plana.

El pollo la ha recibido. Fué por lana y...

No obstante, indignado consigo mismo, el pollo quiso ir hasta el final, y quieras o no pretendía rendir a la dependienta.

A los gritos que dió ésta, Mabel, abandonando a su clienta, acude a defenderla, y entre las dos dejan al pollo con las alas muy caídas. Figúrense que lo someten al martirio

de bañar su rostro en toallas de agua hirviendo, después de darle masage hasta un cambio completo de piel.

Entretanto, la clienta que se hace ondular el pelo, atraviesa una crisis de locura.

¡No hay para menos!

Los canutos han hecho explosión uno a uno, y cuando acude Mabel, y la libra de esos canutos, el pelo de la víctima, horrorosamente rizado, ha aumentado diez veces, o más, de volumen.

Y sucede que, el pollo por un lado y la clienta por otro, ponen el grito en el cielo en presencia de “Miss Leona”, para que aplique la debida sanción a los culpables.

La compañera de Mabel quería cargar con el muerto, no permitiéndolo la segunda, que se confiesa único reo.

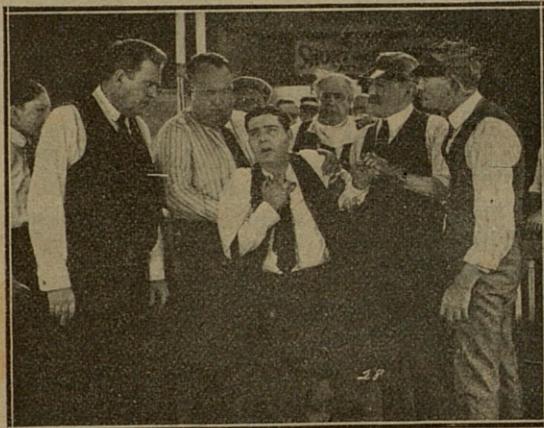
Su nobleza le vale el empleo, pues “Miss Leona”, creyendo volverse tarumba, la despidió *ipso facto*.

Como una desgracia no viene nunca sola, casi al mismo tiempo que Mabel sale despedida del Salón de Belleza, su hermano Jaime es víctima, en la redacción del periódico, de un ataque producido por su dolencia bronquial debida a los gases asfixiantes, que estuvieron a punto de quitarle la vida durante la guerra.

Federico, apenado, se encarga de accompa-

ñar a su buen amigo y futuro cuñado hasta su casa.

Mientras ambos sucesos se desarrollan, un comisionista de aceites, accionista de una Compañía en formación, convence a María para que invierta todos sus ahorros en la empresa.



...su hermano Jaime es víctima, en la redacción del periódico, de un ataque...

Cuando llega Mabel a su casa, y entera a su cuñada de que acaba de perder su empleo, ésta, ingenua como una paloma, le responde, construyendo ya castillos en el aire:

—No te apures, Mabel. Ahora vamos a ser ricos todos. Acabo de hacer un buen negocio.

¡Ya ves tú si hemos tenido suerte! Precisamente la cantidad que una Compañía aceitera necesitaba para seguir el negocio y hacerse de oro, era la misma que Jaime y yo teníamos ahorrada.

—Pero ¿qué estás diciendo, María? ¿Has entregado dinero a ese desconocido con quien acabo de cruzarme, porque te haya dado estas acciones de una supuesta Compañía? ¡Te han timado como a una china, cuñada!

—¿Tú crees?

—Indudablemente.

—¿Vas a salir? ¿A dónde vas?

—¡A dónde voy a ir, infeliz! ¡A suspender el pago de ese cheque!

Una vez en su casa, Jaime se hizo visitar por el médico, que le ordenó que no trabajase, en absoluto, por espacio de dos meses.

María esperaba con ansiedad a Mabel, para enterarse de si el dinero había volado o no, y—de vuelta ya su cuñada—el conocimiento de lo primero la llena de zozobra.

¿Qué harían ellos sin ahorros, cuando más los necesitaban?

Jaime, ajeno a lo ocurrido, procura calmar a su hermana—que con mucho pesar se ha enterado del estado del ex soldado—y a su mujer.

—No hay que apurarse. Afortunadamente tengo ahorrado lo bastante para hacer frente a esta situación.

María mira a Mabel con ojos que pugnan por romper en lágrimas; pero Mabel le hace signo de no descubrir la lamentable realidad.



María esperaba con ansiedad a Mabel, para enterarse de si el dinero había volado o no, y...

Luego, a solas, Mabel hace prometer a María que no dirá una sola palabra a Jaime del timo que le han hecho.

Después, Mabel y Federico hablaban de la visita que la primera haría al director del periódico donde trabajan Jaime y el segundo.

—Yo me temo que ese egoísta de jefe que tenemos, no esperará dos meses el reingreso de tu hermano—opinaba Federico.

—Tan duro tiene el corazón vuestro jefe?

—En aquella casa, Mabel, el sentimentalismo se queda fuera. Allí no hay más que un



...Mabel hace prometer a María que no dirá una sola palabra a Jaime...

lema: trabajar, trabajar y trabajar aunque revientes. No nos está permitido caer enfermos ni un solo día. ¡Hay que ver la cara que nos pone al día siguiente el director! ¡Mira que yo soy gordo!, ¿verdad? Pues estoy se-

guro de que se me comería de un mordisco, si me lo pudiera dar.

—¡No sé lo que va a ser de nosotros! Cesantes Jaime y yo, y sus ahorros en poder de esa cuadrilla de estafadores, como te conté antes...

—Yo creo que la mejor solución es casarnos, aunque no esté terminada la casa, y que vivamos todos juntos.

A lo que Mabel contesta:

—Ni yo pienso casarme, por ahora, Federico, ni es justo que tú sobrelleves la carga solo.

—Pero ¿por qué, mujer?

—Es mi criterio, Federico. Yo te quiero, bien lo sabes... mas ahora no nos podemos casar.

—Bueno, Mabel; como quieras... Hasta más tarde... Me vuelvo a la redacción...

—Te acompañó. He estado pensando en hablar con el director.

—¿Qué pretendes?

—Decirle que no cubra la plaza de Jaime, y que espere su restablecimiento.

—No creo que consigas nada de ese hombre.

—Lo probaré.

—Vamos.

Frente a frente Mabel y el director del periódico, la primera expuso el motivo de su visita.

El jefe se encerró en su criterio del trabajo continuo, sin interrupciones por enfermedad, y entonces Mabel, indignada, objetó a aquél:

—No es usted, por desgracia, el único jefe que ha olvidado las promesas hechas a sus empleados antes de partir para el frente.

—Ruego a usted, señorita...

—Debe usted oírme, señor... A la razón se la debe escuchar... Recuerde lo que le dijo usted a mi hermano el día que vino a despedirse de usted, aquí, en este mismo despacho, delante de todos: “¡Hijo mío, eres un futuro héroe! Vas a pelear por la causa de la libertad y del progreso. Siempre tendrás tu puesto entre nosotros!” Y cuando el futuro héroe marchaba hacia la victoria, desfilando la tropa por las calles, usted metía más ruido con sus gritos que la sirena de un trasatlántico, y ondeaba la bandera más grande que había podido encontrar. Y mientras los soldados de la patria derramaban su sangre allá en el frente, usted cantaba aquí, ¡aquí!, el Himno Nacional. Y en aquel mismo frente contraíó mi hermano la dolencia que hoy le aparta de su obligación. Y mientras sus compañeros eran aclamados por la multitud al pasar bajo el Arco de Triunfo, él luchaba con la muerte en el hospital de París, pensando, tal vez, en la promesa de usted. Entonces eran héroes, y ahora

no son otra cosa que seres inútiles para el trabajo, sin derecho a la vida...

En la forma de hablar de Mabel vió el jefe que acaso le serviría como reportero suplente de su hermano, y se lo propuso, lejos de enojarse por las puyas que ella le acababa de



“¡Hijo mío, eres un héroe! Vas a pelear por la causa de la libertad...”

clavar...

—Yo quiero que nada escape a la fiscalización de mis reporteros. ¡Muchas noticias!... Y, a ser posible, acompañadas de la prueba fotográfica. Aquí tiene usted la máquina y a trabajar con ahínco y con fe.

Mabel aceptó, encantada, y, puesta ya a la caza de noticias y sucesos, llega a pensar que aquéllas y éstos son más difíciles de encontrar que un alfiler en el desierto de Sahara.

De pronto, ¡¡mac, mac, mac!!, las bombas de fuego cruzan raudas la calle.

Mabel echa a correr con desesperado afán de debutar... pero da la casualidad de que las bombas no iban a un incendio, sino que venían.

A falta de algo más sensacional, los ojos de la repórter tropezaron con el hombre de las "malas acciones" aceiteras, al que—como se sabe—vió salir de su casa después del timo a su cuñada, pues ella llegó apenas consumado el hecho.

El comisionista, sintiéndose perseguido por una repórter, escabúllese rápidamente.

Y Mabel, en vez de dar con él, da con Federico, que la sigue, para defenderla, si preciso fuere.

—No te molestes en seguirme, Federico—le dice ella—. Si quieras saber lo que hago, no tienes más que ir leyendo los números del periódico, que irán dando mi información.

—No seas tonta y déjate de periodismo. Cásemonos y que tu hermano y su familia se vengan con nosotros.

—No insistas... Hazme el favor de no insistir. Estoy muy ocupada. Si ahora te arrollase

a ti un tranvía, ¡qué ocasión para debutar, sacando una fotografía estupenda!

—Oye: ¿estás loca? ¡Me sacrificarías por tu vanidad?

—No, hombre. ¡Si sería para casarnos antes!

—¡¡Después de mi muerte!!

—Fué un decir...

—Sí... ya... un decir muy mal dicho...

—Mira, Federico... Aquel señor, que acaba de apearse de ese "auto" con esa elegante mujer que no huele a nada bueno, ¿no es el Presidente de la Liga Defensora de las Buenas Costumbres?

—Sí... Lo saludaré desde aquí.. Me conoce..

—¡Sí que te conoce! No se ha dignado contestar a tu saludo.

—Ya sé por qué: le sabe mal que le hayamos visto entrar con una señora en ese *restaurant*, donde se canta, se baile y se bebe...

—Adiós, pues, Federico!

—¿A dónde vas?

—Ya nos veremos más tarde.

—Pero, criatura...

—Déjame, Federiquín.

Y Mabel se dispone a seguir al Presidente de la citada liga.

Se le niega el acceso al *restaurant* si no va acompañada de un caballero; pero eso es fácil de encontrar colocándose ella a la puerta

del establecimiento. Una vez dentro, del brazo de un joven que creyó en la posibilidad de una aventura, Mabel sorprendió al aludido presidente acariciando las manos de su acompañante, y les hizo un retrato al magnesio.

El efecto de la inesperada y tremenda explosión fué de graves consecuencias para la vajilla y mobiliario del *restaurant*. Se supuso al principio que los bolcheviques ya habían atravesado la frontera.

El retrato que Mabel hizo del "suceso" chorreaba sangre y, por si algo le faltaba, la fotografía era una prueba abrumadora.

—Estoy persuadida de que esto me hace nombrar repórter efectivo—decíase Mabel.

Y, con mucha satisfacción, presentale al jefe de redacción su primer trabajo.

Los ojos del tirano parecen quieren salirse de sus órbitas. Por fortuna, están bien atados. Y exclama:

—¡Pero usted no sabe, insensata, que ese hombre es el dueño del periódico!

—¿El Presidente de la Liga es...? ¡Caramba, caramba, caramba!

—¡No se asombre usted tanto! Desde luego, todo lo que usted ha hecho es nulo.

—De manera que...

—No la despidio aún... La voy a someter a otra prueba, pero sin máquina. Ese aparato en sus manos es un arma peligrosa. Vaya a

ver si pasa algo por ahí, y tráigame la noticia en seguida.

La pobre Mabel, triste y cabizbaja, se encamina a su futuro hogar, y sueña despierta con la dicha que en él la aguarda.

Federico se halla sentado en el umbral de la puerta, pensando en cuándo será su casita su nido de amor...

Mabel se acerca a él, se sienta a su lado, y después de lamentarse de su primer fracaso como repórter, le dice:

—Estoy convencida de que Dios no me ha traído al mundo para repórter, así es que opino, como tú, que debemos casarnos en seguida.

—¿De veras, amor mío?

—Sí, Federico, sí...

Pero el demonio viene a tentarla de nuevo: un aeroplano ha perdido la dirección y se decide a caer al arroyo para preguntársela al primero que pase.

Mabel corre que es un prodigo de soltura, y como Federico, que tiene demasiada manteca, no la puede seguir, manda detrás de ella a su obrero de confianza, el negro de alma blanca.

Corre mucho más Mabel que el senegalés. La razón de ello es que al negro le duelen los pies.

La multitud se agolpaba en torno al aparato caído.

Mabel se acerca al piloto, que no se ha hecho pupa, y le interroga.



Mabel se acerca al piloto, que no se ha hecho pupa, y le interroga.

Poco después, llega el negro, reventado de fatiga.

En poder de lo necesario para un buen ar-

tículo, Mabel reemprende la carrera, esta vez hacia la redacción del periódico.

El negro, maldiciendo sus pesados pies, no puede seguirla de cerca.

En la puerta misma de la redacción encuentra Mabel a Federico, que quiere detenerla para charlar un rato.

—Ahora no puedo entretenerme—le dice ella—. Vengo cargada de noticias. Después hablaremos.

Pero tampoco ha tenido Mabel suerte esta vez.

—Ha llegado usted tarde—le manifiesta el jefe—. Todo eso y algo más está ya en letras de molde, como puede ver. Ha habido otro reportero más vivo que usted.

—No tengo suerte...

—Por mucho que se corra... muchas veces se llega tarde. Este oficio es muy pesado... Para que se convenza de una vez de que no sirve más que para los hombres, le voy a dar una última oportunidad.

—Diga, diga...

—Según dicen, el multimillonario Blake acaba de adquirir un brazalete prehistórico que vale cincuenta mil dólares. Hasta ahora no ha habido periodista que consiga entrevistarse con ese mortal cargado de oro. Si usted lo logra, se ha salvado.

—Acepto.

De nuevo, Mabel salé a la calle.

El negro se ve obligado á seguirla otra vez, y, en verdad, los pies se le hinchan que es una barbaridad.

El multimillonario Blake no quería, en efecto, saber nada del mundo y de sus habitantes, y menos si éstos pertenecían a la clase de "chicos de la Prensa".

Su única ocupación consistía en colecionar rarezas antiquísimas.

Mabel sabe que ese excéntrico mortal se hospeda en el Hotel Savoy, y a él se dirige.

Pregunta en la administración si está visible el aludido.

El empleado dice que sí, mas luego se retira y telefona al piso, anunciando al millonario que una señorita desea verle.

—No estoy en casa—responde el ricacho.

—El señor Blake "dice" que no está—contesta a su vez el empleado a Mabel.

Pero ésta, decidida a salir airosa de la tercera prueba de sus aptitudes reporteriles, logra llegar a presencia del multimillonario, como si fuera amiga del mismo.

El señor Blake, que acostumbraba recibir a los reporters casi a puñetazos, expulsándolos sus secretarios sentándolos en un capazo, no tuvo con Mabel más consideraciones que con los otros que la precedieron.

Pero ella no desistió de su empeño. ¡Por algo era mujer!

Al ver a un botones del hotel, una idea se adueña de su espíritu: transformarse en botones.

Y le dice al titular:

—Le doy un dólar por minuto si me presta su traje durante diez minutos.

El botones acepta, con vistas a la ganga de ganarse algunos dólares.

Transformada en empleado del hotel, Mabel penetra en el cuarto del multimillonario, y, sacándose el block y el lápiz, anuncia:

—Uña redactora de El Boletín desea ver a usted, señor.

—Pues yo, maldita la gana que tengo de verla a ella. Ya lo ha visto hace un poco.

—Entonces cierre los ojos, porque la tiene usted delante.

Furioso por la tomadura de pelo de Mabel, el multimillonario la manda con viento fresco, lamentando que no sea un hombre, para hacer un poco de boxe con él.

Aun no pasado el enfado del rico, Mabel reaparece, esta vez disfrazada de camarera.

—Pero ¿dónde demonios se ha metido ese botones?—preguntaba el señor Blake, buscándole.

—Creo que se ha ido a comprarse unos pantalones—contesta Mabel.

—¿Qué dice usted, señorita?

—Sí, señor; porque da la casualidad de que los tuyos los llevo yo puestos—responde Mabel, levantándose las faldas.

El “truco” de Mabel da al fin el fruto apetido: el rico no puede menos de reírse reconociendo la habilidad de la joven.

Por tal razón, accede a ser “molestado”:

—Vamos a ver, ¿qué desea usted de mí?

Mientras Mabel indica al multimillonario que desearía conocer el valor exacto del brazalete antiguo, y verlo, así como otros objetos, para hacer una buena información, unos su-

jetos bromistas sueltan una mona de un organillero ambulante—la cual se parece mucho al negro que persigue a Mabel y que, por no haberle dejado entrar en el hotel, la espera fuera.

—Este es el brazalete que trae intrigada a la gente—decía en aquel momento Blake.

Mabel, después de admirarlo, deja el brazalete encima del dosel de su sillón, de donde, en tanto el rico enseña otros objetos a aquélla, lo recoge la mona, poniéndoselo en el cuello, y escapando, fachada arriba, al tiempo que Mabel iba a rescatar la joya robada.

—¿Qué pasa?—inquiere el multimillonario.

—¡Oh, señor! ¡Una mona acaba de robar su collar de cincuenta mil dólares!

—¿Qué? ¡Una mona? ¡Un mico! La ladrona ha sido usted.

—¡Yo, no! ¡Se lo prometo!

—¡A ver su bolso! No está en él. ¿Dónde ha escondido usted el brazalete? Dígalo, y le saldrá más barato el juego. Si no...

—Le aseguro que yo no soy lo que usted se figura. Me pesa que sea usted tan desconfiado.

—¡El brazalete, y basta!

—¡No lo tengo, señor!

—Está bien. Ring... ring... ¡Que venga la policía inmediatamente! ¡He sido robado!

Antes que caer en manos de la justicia, y deseosa de dar una lección al rico Blake, Ma-

bel se dispone a arriesgarse en la persecución de la mona que tranquilamente se pasea por las cornisas de la fachada.

Dos policías, uno de ellos de la secreta, persiguen a Mabel.

La gente de la calle comienza a darse cuen-



...lo recoge la mona, poniéndoselo en el cuello...

ta de que se ofrece un espectáculo gratuito y sensacional, y la multitud se agolpa para presenciarlo.

El negro que tiene encargo de vigilar a Mabel, queda como viendo visiones.

—Pues como no me convierta en ángel—di-

ce, rascándose la cabeza—no sé cómo voy a seguirla.

Y la sigue... con la vista espantada.

A medida que transcurren minutos, el número de los que esperan el instante del batacazo es cada vez mayor.



—...¿Dónde ha escondido usted el brazalete? Dígalo, y le saldrá más barato el juego...

Entre los curiosos, hay uno de esos hombres que tienen el gran ojo para los negocios. Se le ve marchar y volver al poco cargado de taburetes plegables; y gritar:

—Quién quiere permanecer en pie, pudien-

do por poco dinero aguardar cómodamente sentado?

Y no son pocos los que se sientan.

Avisados, Federico y el director del periódico—el primero por el negro, y el segundo por el propio multimillonario con amenaza de



Dos policías persiguen a Mabel.

proceder contra él puesto que era una redactora de la casa quien le había robado el brazalete—acudieron a presenciar la emocionante persecución de Mabel por los policías.

El tío de los negocios vendía ahora mantequedos de menta, piña y limón.

Más tarde, dedicóse a alquilar prismáticos,

para que se viera más el golpe que se daría la temeraria “escaladora” al caer.

Esa caída era esperada con ansia enferma.

Una pareja de ingleses se quejaban de que se les hiciera esperar tanto, pues temían llegar tarde a tomar el te.

¡Los hay frescos!

Después de muchas peripecias imposibles de relatar, llenas de emoción y humorismo, Mabel consigue, mediante la atracción que ejerció en la mona una moneda blanca, apoderarse del brazalete y demostrar de este modo que ella es inocente y que por su honor se había jugado la vida.

Inútil describir el desencañato del público, que “deseaba” “oír” hasta el crujir de los huesos al venirse abajo Mabel; y la alegría de Federico, que convirtió la calle en un almacén de paja y colchones, para que su novia cayese en blando; sí que también la satisfacción del director del periódico, que publicaría una emocionante novela a base de la hazaña de Mabel.

Federico, alcanzando, en terreno firme, a Mabel, le dice, en presencia de los policías, que han sudado tinta, del multimillonario, del jefe de redacción, y de María, que también fué avisada de la inminente hecatombe:

—¿Después de la prueba de valor que acabas de dar, no te atreves a casarte, Mabel?

La muchacha responde que sí... pero como

en aquel momento ve al comisionista que timó a su cuñada, se abalanza a él.

Expectación.

—¿Qué le da a usted, señorita? —pregunta el supuesto timador.

—¡Oh! —exclama María, reconociéndole a



—¿Después de la prueba de valor que acabas de dar, no te atreves a casarte, Mabel?

su vez.

—Llega usted que ni llamado con campanillas. O le devuelve a mi cuñada el dinero de las acciones, o le envío a ocupar el calabozo que tenían destinado para mí.

—No le devuelvo el dinero, sino que le compro las acciones por el cuádruplo de su valor nominal.

María, asombrada, pide una aclaración:

—Pero ¿es posible que valgan tanto? ¿De verdad que somos ricos?

Mabel se abraza a Federico, ante lo cual se “dispersa” la gente, pero antes, aquélle le dice al director del periódico:

—Se ha quedado usted sin repórter, amigo mío. Pero le dispenso el honor de que sea usted mismo quien haga la información de mi boda.

Sobre esto aparece el botones que dejó su uniforme a Mabel.

—Me debe usted ciento veinte dólares, señorita. ¡Llevo dos horas haciendo de Adán!

—Es verdad... Tome cinco... Le debo el resto...

—¿Por qué no me paga de una vez?

—¡Está todo tan caro!... Y como me voy a casar pronto...

El botones sonríe, y, guardándose los cinco dólares, dice:

—El resto... se lo regalo, señorita, para que pueda usted comprarle buenos jamones a su marido. ¡Dios me libre de que me cayese encima!

—¡Cállate, langostino!

—Todo es cuestión de gustos, señor botones

—responde Mabel—. Si mi novio le cayese encima, usted protestaría... Yo, en cambio...

—Un consejo, señorita, y permítame la maliciosa intención: cuando estén casaditos, haga usted asegurar el *sommier* de su cama, si no quiere usted encontrarse algún día en el suelo...

—¡Te daba así, palillo!...

FIN

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

LA DIVERTIDA COMEDIA

UN MARIDO DE OCASIÓN

Creación del hermano de «Charlot»

SIDNEY CHAPLIN

secundado por un conjunto de artistas admirable

40 Páginas

10 Fotografías

PRECIO 30 CTS.

POSTAL - REGALO

JUNE CAPRICE

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.

Colecciones completas y números sueltos atrasados a precios corrientes, de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, s. a. Barbará, 16 - BARCELONA, en sus Agencias de Provincias y en todos los Kioscos de España

NUMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-REGALO
1	Los Guapos o Gente brava	El joven Medardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Zenda
3	Variedad Femenina	La Batalla
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Violetas imperiales
6	Derring, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Meighan
8	Heliotropo	Bébé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas MacLean
10	Por la puerla de servicio	Ethel Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El Indomado	Vivian Martin
13	Cómo aman las mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguetes del destino	Lucienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (Especial)	Mary Miles Minter
19	De florista a millonaria	Dustin Farnum
20	El Crimen del Millefleurs Palais	Bessie Love
21	La coqueta irresistible	Ramón Navarro
22	El secreto profesional	Mabel Normand
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	¡Valiente luna de miel!	Lois Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonio Moreno
26	El Detective	Pearl White (Perla blanca)
27	El martirio del vivir	William Farnum
28	Odatte (Especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del abismo	Georges Biscof
30	El milagro de Lourdes	Agnes Ayres
31	El caballo de carreras	Douglas Fairbanks
32	Su Señor y dueño	Constance Talmadge
33	La Madrecita	Rodolfo Valentino
34	La Pimpinela Escarlata	Shirley Mason
35	Gorrion de ciudad	J. Warren Kerrigan
36	La Novela de una estrella de cine	Pauline Frederick
37	La Ilada, de Homero (Especial)	Nona Blue
38	Soy incendiaria	Pola Negri
39	La Alegría del Batallón	Jackie Coogan
40	La papeleta de ampeño	Mary Carr
41	El aterro Don Juan	Victor Varconi
42	Los mártires del arroyo	Lillian Gish
43	Fanny, la viuda romántica	Alberto Capozzi
44	El Tío Padecia	Eva May
45	Lecura, Imprendencia y Abandono	Tom Miz
46	La edad de la ambición	Gloria Swanson
47	La aventura del velo	Harry Carey (Cayena)
48	Almas Divorciadas	Geraldine Farrar
49	Tacáca de amor	Larry Semon (Tomasin)
50	Por orden de la Pompadour	Leatrice Joy
51	La destrucción de París (especial)	Charles Jones
52	¡¡No más Mujeres!!	Irene Castle
53	Un hombre de ideas	Alberto Collo
54	La última carrera	Régine Dumien
55	Un robo original	Jack Holt
56	El anillo de Königsmark	Norma Talmadge
57	Una reporter modelo	Reginald Denny

¿Ha comprado usted ya el séptimo volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA DE LA NOVELA FILM

LA CANCIÓN DE LA HUÉRFANA?

Último libro de nuestra popular
BIBLIOTECA FEMENINA

Portada a tricromia 112 páginas
Profusión de fotografías – Precio 1 pta.

Lea V. esta novela y la releerá
¡ÉXITO! ¡ÉXITO! ¡ÉXITO!
Recuerde los números anteriormente
publicados:

La Mendiga de San Sulpicio
La Madona de las Rosas
Los Diez Mandamientos
Honrarás a tu madre
La Novela de una Obrera
El hijo del mercado

En interés de usted,
lector, le recomendá-
mos de nuevo la
adquisición de

**LA CANCION
DE LA
HUERFANA**



